

Educación americana

Los Angeles, mayo, 1928.

En los municipios de los Estados Unidos es el pueblo mismo el que vota directamente los impuestos. La municipalidad hace conocer primero la necesidad de acudir a una grande empresa pública. Se fija día para la votación, y el pueblo decide por mayoría de votos si acepta o no el nuevo impuesto con que quiere gravarse. En caso afirmativo procede a dictar la ordenanza del caso. La ruptura de la presa de San Francisquito ocasionó a los particulares una pérdida de diez millones de dólares. Dijeron unos que había sido volada con dinamita, y otros afirmaron que el desastre se debía a la mala construcción de los ingenieros municipales. El debate se planteó ante un jurado popular, el cual decidió que la poderosa inundación había sido causada por defectuosa dirección técnica, y por tanto la municipalidad de Los Angeles fue condenada al pago de los diez millones. A este fin la municipalidad ha insinuado a los ciudadanos la idea de que le permitan elevar a diez y ocho centavos más el precio del agua, que es sumamente barata, a pesar de ser traída de una distancia inmensa. ¡Qué tal si en Bogotá la municipalidad tuviera que pagarles a los ciudadanos los desastres de toda clase que les ocasiona por falta de previsión científica, como la del colector de nuestro San Francisco!

En estos días la municipalidad de Los Angeles ha puesto de bulto el hecho de que se carece de dinero suficiente para las escuelas, porque por falta de locales hay 23.000 niños que sólo pueden asistir a ellas por turno medio día. El presupuesto para remediar este mal alcanza a 29.400,000 dólares, y el 5 de este mes se hizo ante el pueblo una solemne y ruidosa manifestación de

estudiantes pidiéndole que el próximo 5 de junio vote la suma solicitada. La votará de sobra.

La manifestación revistió un carácter imponente. Primero marchaba un regimiento con banderas desplegadas y una banda de música. En seguida iba el carro del Alcalde y el del Jefe de la Policía. Otro regimiento. Y empieza el hermoso desfile de los estudiantes. Son apenas los representantes de las Altas Escuelas, *High Schools*, es decir, los alumnos del bachillerato técnico, único que existe aquí. Todas las escuelas tienen su banda de música propia, y cada una ostenta a su cabeza la bandera de la Nación, la de la ciudad, su propio estandarte y el del Club que cada una mantiene para fines científicos o sociales. Avanzan los estudiantes de a ocho en fondo marchando en mangas de camisa, arremangados hasta los codos y descubierta la cabeza, según costumbre. En California es el sombrero para los estudiantes una prenda inútil. Un sol ardiente de primavera lanza sus rayos sobre esas cabezas juveniles y sobre esos cuerpos robustos por los cuales corre un torrente de sangre sana y vigorosa. En todos los semblantes se advina la alegría fecunda de este pueblo admirable. En este país no hay jóvenes tristes, ni desilusionados, ni decadentes, ni ultraistas, ni momentaniistas. La vida es sencilla y el alma buena.

Desde aquí contempla uno con sumo desagrado a esa juventud nuestra que, como la de *La Universidad*, dedica sus esfuerzos a provocar lúgubres oráculos de senil desaliento. Es muy triste sentarse a la vera del camino para lanzar hondos lamentos, entre tanto que las huestes del futuro en las otras naciones pasan entre victores cantando el triunfo definitivo. En Cuba y en Caracas la juventud ha sido abaleada. En México muchísimos estudiantes han perecido con valor por sus ideas, y sin embargo tienen profunda fe en la victoria final.

Paree que a la juventud colombiana lo que le falta es el dolor para que se despierte y vibre. No habrá empero necesidad de él; y el día que fuere preciso se le verá otra vez valiente y gloriosa como en las jornadas de marzo.

¡Qué bella es esta juventud de California marchando a los acordes de la música! Casi todas las escuelas llevan en alto, a manera de gallardetes, letreros que dicen: Decid *sí* el 5 de junio; La Escuela hizo a los Estados Unidos; Buenas escuelas, excelentes ciudadanos; Más escuelas, menos crímenes, y otros de significación semejante. Y allá van mostrando sus enseñanzas las escuelas numerosísimas de artes y oficios, las escuelas de marinos y las de natación, la cruz roja, las escuelas del salto y la carrera, las de artes liberales. Allá va un batallón de niños filipinos; allá va un batallón infantil de negros; allá va un estandarte de la raza latina; allá va un carro magnífico de la *Loyol High School*, que representa un cuerpo de soldados de observación. Es una de las gloriosas avanzadas de los jesuitas en el mundo, a la cabeza de la cual pasa marchando con militar desembarazo un sacerdote de largo y negro gabán. Muchos otros carros simbólicos se ostentan a nuestra vista regorijada. En algunos de éstos los muchachos hacen ejercicios atléticos en la barra fija, casi desnudos, con calzón de pugilistas. A las escuelas de los Estados Unidos no ha entrado, ni entrará nunca, el gorgojo de la política, que lejos de limar aguza las más punzantes aristas del carácter y destruye la armonía entre las almas juveniles. El estudio y los deportes son la fuerza de las escuelas; y a todo esto hay que agregar que la templanza y la sobriedad son de las principales virtudes de los Estados Unidos.

No hay un país más generoso que éste para la educación de los niños que llegan de todas las partes del mundo. En las escuelas aquí no hay distinción ningun-

na entre el alemán rubio como el sol y el amarillo hijo del Extremo Oriente y el negro de Abisinia. Las maestras de escuela a todos los tratan por igual y extienden a todos sus beneficios. Allá no llegan las diferencias de raza ni de capitales. Todo esto obedece al problema de la *americanización*, para la cual millares de escuelas de día y de noche se encargan de la enseñanza de la lengua inglesa, y a ellas concurren un número incontable de hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

Por medio de la escuela es como los Estados Unidos piensan que pueden imponer en el mundo su civilización. Los niños de todas las partes del globo que en ellas se educan con tanta generosidad no pueden ser enemigos de la gran Nación que modela su carácter. La Escuela! La Escuela! Los Estados Unidos todo lo esperan de la Escuela! Verdad es que cada padre de familia se encarga aquí de hacer que en el hogar florezca siempre lozana y fuerte la flor de la raza y del país nativo. Lo conseguirá con la primera generación; la segunda ya será un genuino y selecto producto de los Estados Unidos.

Es preciso que en Colombia las escuelas primarias se impregnen primero que todo de un fuerte, robusto y sano nacionalismo. Es necesario que se prodigue la higiene y los ejercicios gimnásticos. Es urgente que en ellas se viva la vida misma de la patria. Es conveniente que a los niños se les modele dentro de modernos sistemas pedagógicos, sin desadaptarlos tampoco a su propio medio ni hacerles perder el hilo de sus tradiciones, lo cual sería también en extremo nocivo. Hay que tener en cuenta una sola verdad: la escuela es lo único que puede realizar la regeneración de un país: pero no las escuelas de cultura empírica, sin ejercicios físicos metódicos y sin el arte poderoso de la higiene.

LUIS MARÍA MORA